

CAPÍTULO XIV.

Y ardió en fiestas, á causa de las victorias amorosas de Hacem, Granada, que mil veces ardiera en fiestas á causa de las victorias guerreras. Cada barrio, así entre los vencedores como entre los vencidos, bien ó mal de su grado, tuvo que festejar igualmente su victoria ó su derrota, y que reirse y regocijarse á una en público por lo mismo de que, á la callada, se plañía en silenciosos reconcentrados acentos. La gran ciudad, palenque de triste y profundísimo duelo, se asemejaba en aquel entonces á inmenso teatro, donde los mismos combatientes en una batalla cruentísima tomaban el papel de actores en una farsa ridícula. Quedáronse las tiendas del Zacatin y hasta la posada de los genoveses sin sedería, por los innumerables gallardetes y banderolas que cada familia se vió constreñida necesariamente á colocar en florestas fingidas por las fachadas de sus casas; que lo hicieron las familias fieles á Hacem por satisfacer su entusiasmo y las infieles

por ocultar su despecho. Limpiáronse las armas, todavía humeantes con la sangre recién vertida, para emplearse y esgrimirse todas ellas, en vanos simulacros y alardes. Procuráronse, así los pobres como los ricos aljabas, fajas, marlotas nuevas, en cuyos linos ó brocados combinaron colores varios por singulares modos y esparcieron piedras ó lentejuelas, según la categoría de su nacimiento ó la importancia de su riqueza. Los alfanjes damasquinos, de cinceladas empuñaduras, de centelleantes hojas, de áureos tahalíes, de filigranadas vainas, de religiosas inscripciones y leyendas, brillaron en el escarnio, cual otras veces brillaran en la gloria. Salieron por calles y plazas las lanzas más preciadas, las cotas y coseletes más ricos, los jaeces más bordados, los trotones más guerreros. Y junto á estas insignias del valor, veíanse las insignias de la belleza, es decir, los femeniles cinturones cuajados de jacintos, las cofas bordadas de perlas, los atavíos que, demostrando el gusto de las mujeres, demuestran al mismo tiempo el refinamiento de la cultura. Competían los diversos blasonados bandos en alárdes; y los más heridos porfiaban por mostrarse festivos en las fiestas. Así salieron á luz tantos motes y divisas. Los Nazaritas, pertenecientes á los reyes fundadores de la dinastía y constructores de la Alhambra, emparentados todos con Hacem; los Abencerrajes, que se imaginaban descender de los primeros auxiliares del Profeta; los Alnayares, que mantuvieran en Zaragoza y en Fraga y en Pamplona

na el empuje de Abarcas, de Berengueres y de Carlovingios; los Merisanes, que reinaran en Damasco y sostuvieran sobre sus hombros el califato de Córdoba compitiendo con los Abasidas de Bagdad y relacionándose con los emperadores de Constantinopla; los Gazaristas que aún destellan de su linaje los esplendores del nunca olvidado cielo de la Siria; los Zenetas bronceados por los ardores de África; los Gomeles, hijos naturales del desierto; los Gazulez de Gelulia; los Almoradíes de Tanger, requirieron á una sus más queridas armas, limpiaron sus más empolvados blasones, enjaezaron sus más ligeros caballos, y salieron á cañas, justas, sortijas, zambras y torneos, como si Granada reposase en floreciente paz, ceñida de inmarcesibles victorias. Entre tantos blasones y timbres, no hay que decir campeó, cual campea la luna entre las estrellas, el escudo de Alhamar, por todas partes visto en Granada, campo plata, que atraviesa barra diagonal celeste, á cuyo extremo abren sus fauces dos dragones, y sobre cuyas líneas hay una alabanza al Dios de los vencedores en recuerdo de aquella aparición celestial que guió los Almohades á mil victorias, tan funestas para nosotros los cristianos. Y si las aristocracias ostentaban tales preseas, la plebe, con menos lujo, pero con mayor algazara, enardecía las fiestas. Teniendo en poco las sabias leyes de Yussuf, que prohibían tales algaradas, y resucitando los festejos propios de la Pascua de Alfitra iban cuadrillas, encabezadas por tamboriles y dulzainas,

de un lado á otro lado, entreteniéndose á una en tirar á cuantos encontraban al paso esencias, flores, frutas, chucherías y en danzar danzas, de una extrema violencia; mientras grupos de guitarreros producían melancólicos arpegios y compañías de juglares jugaban juegos vistosísimos. En una palabra, la ciudad pasaba de las guerras á las orgías, como suele pasar un borracho del extremo llanto á los extremos regocijos.

No hacía menos la corte. Hacem estaba tan loco de contento, por haberse unido á Zoraya, como por haber repudiado á Aixá; y quería que todo el mundo participase del estado de su ánimo. En cada casa real había una zambra diversa. Los nacidos no han visto nunca sarao semejante al sarao dado en tibia noche por los salones, por las galerías, por los huertos y jardines del Generalife. Imagináos aquellos muros tapizados de rosas y jazmines; aquellas alamedas varias subiendo en espirales desde el riscoso pié á las armoniosas cumbres en la bienhadada colina; las puertas semi-góticas realzadas con signos de poética bendición y adornadas con ajimeces de áureas celosías; los intercolumnios de alabastro, sosteniendo los arcos de herradura, sobre los cuales descansan las techumbres de alerce embutidas en marfil, nacar y metales preciosos; las salas de mármóleos pavimentos, de zócalos compuestos por brillantísimos azulejos, de paredes caladas entre cuyos alicatados se extienden alharacas de plateadas flores y líneas de oro macizo esculpi-

das y grabadas con poéticas leyendas y armoniosos versos; los arroyos que caen á las albercas por los pasamanos de las escaleras y que por los escalones suben á las alturas en cristalinos surtidores; los pintorescos kioskos, los recatados retiros; el mirador bellissimo, comparable á gruta formada de aljófares, oculto entre los bosques de limoneros y de granados; imagináos el Generalife teñido por los resplandores de millares de luminarias; poblado por parejas de hermosas moras y apuestos moros, cuyas miradas, al encontrarse, despiden chispas de amores; henchido por las armonías emanadas de ocultas orquestas que despiden notas las cuales diríanse despedidas por cuantos objetos os rodean, animado de la algazara formada por la leila y otras danzas moriscas, en cuyos giros el movimiento y el calor comunican los vértigos más deliciosos de la voluptuosidad y del placer; imagináos así el Generalife y decidme luego si ha existido ni se ha ideado jamás espectáculo alguno que de esa suerte encienda la sangre y exalte y enloquezca la mente. Aquí, en las sombras, descúbrense unos cuantos farolillos como aves luminosas venidas de otros mundos á columpiarse en las ramas de los encantados vergeles; allí, en las cascadas, desprendidas de lo alto á la ancha alberca, refléjanse resplandores tan sumamente intensos que los tomaríais por bajados del sol, capaz de levantarse á un conjuro mágico en la media noche para iluminar tan delicioso sitio; más allá, en la distribución de los

varios destellos, deslizase, como un rayo de luna, que esparce poética tristeza, mientras en las salas, en las galerías, en los miradores, por los bordes de los estanques, por las tazas de las fuentes, corren, á manera de grecas fantásticas, innumerables luminarias de todos colores, que confundiríais con piedras preciosas conteniendo una luz sobrenatural en sus resplandecientes facetas.

Pues si absorta dejó á la corte este sarao, no la dejó menos la fiesta militar y naval, fingida por cuantos soldados había en Granada, los cuales reuniéronse, los de tierra, en varios vistosos campamentos por los alrededores de la Alhambra, los de mar en varias naves doradas que bogaban por la acequia de Alfacar, fingiendo todos tales alardes que nunca pueblo guerrero alguno se recreó con más plausibles y más gratos recreos. Pero, en verdad, los festejos que se llevaron la palma, fueron los festejos de cañas y sortijas, ideados como jamás ideara otros iguales en su larga historia la oriental y voluptuosísima Granada. La plaza de Bibarrambla, erigida sobre la espalda misma del Darro, al pié de la cuesta de los Gomeles, rebosa en gentes. Sus edificios se han renovado todos con mármoles recién bruñidos y compuesto y adornado con telas de seda ceñidas por vistosas franjas y sembradas de áureas lentejuelas. Los magníficos miradores, que podían competir por su color azul y sus estrellas de oro con el cielo mismo, aposentan preciosas moras que gallardean, ricamente ador-

nadas, como pudieran gallardear las más nobles cristianas. Sus blancas gasas, su deslumbradora pedrería, los rayos de sus ojos, la voluptuosidad de sus sonrisas, campean entre las flores sembradas por do quier de igual suerte que las mariposas en los pensiles. Las músicas guerreras, mezcladas con los gritos populares, animan y enardecen la fiesta. Fingidla si podéis. Por las cuevas, por las azoteas, entre las almenas, cerca, lejos, inmensas muchedumbres; por los miradores las bellas damas ataviadas con los más ricos encajes y ceñidas de piedras preciosas; en las tribunas, recién dispuestas al efecto, los magistrados y alfaquies con sus altos turbantes, signos de sus respectivas dignidades; aquí un grupo de esclavos, cuyos negros rostros resaltan bajo sus tocas blancas y sobre sus túnicas rojas; allí, una legión de graciosos pajes y escuderos portadores de rodela y escudos primorosamente esmaltados; por todas partes lanzas y espadas que brillan á la luz, banderolas y gallardetes que vuelan al viento; en el principal edificio de la plaza la reina y el rey sentados sobre sendos cojines de púrpura que resaltan entre los dibujos y las flores de las pérsicas alfombras; en la arena ó redondel las diversas cuadrillas, ora un grupo de caballos blancos enjaezados de colores celestes, sobre cuyas sillas campean airoso caballeros vestidos de argentado tisú; ora un tropel de corceles del desierto que se enorgullecen con su carga de jinetes vestidos por diversa manera con

terciopelo carmesí, todo recamado de bordaduras de oro; ya una compañía de soberbios brutos cordobeses sujetos por la fuerza de atezados africanos que en sus marlotas y aljabas verdes ostentan rico ramaje de plata rociado con menuda lluvia de aljófara; ya otra compañía de atigrados trotones que piafan al compás de la música y se ensoberbecen á los gritos de los preclaros nobles granadinos, los cuales visten por la moda asiática y recuerdan en sus turbantes la oriental Damasco; todos precedidos de heraldos y clarines, acompañados de vistosas divisas, con el blasón de su familia en el escudo y el regalo de su dama en el pecho; seguidos por palafreneros y esclavos, cuyo ministerio se reduce á tener del diestro toda una caballería de refresco mientras gallardean los jinetes de sin igual apostura y componen con cintas y lazos vistosas combinaciones de color y arriesgadas suertes de cabalgar, y empeñan escaramuzas cuyos encuentros, más bien son vuelos que carreras y cuyas incidencias más bien peleas que juegos, y ensartan las sortijas á todo galope en las puntas de sus lanzas para depositarlas luego en manos de las preciadas beldades y romper mil cañas en arremetidas y defensas, y realizar todo género de alardes entre los sonos de chirimías y dulzainas y añafles propios para los combates y el clamoreo de aquella inmensa población embargada con los azares de las varias empresas tan parecidas en sus episodios á los peligrosos azares de la guerra.

CAPÍTULO XV.

Mereció llamarse la mejor, aunque también la más trágica, de todas aquellas fiestas, la que ideara Zoraya por cariño á su patria; un fingido torneo de cristianos, hecho entre moros, con toda la propiedad demandada por el conocimiento que había en Granada de nuestras costumbres, y por la multitud de arreos cristianos traídos, como despojos, en las continuas correrías. No era mucho que Zoraya imaginase ver este espectáculo fingido en recuerdo y culto de su patria ausente, cuando antes del poder y favor suyo, otro real espectáculo de este mismo linaje viera toda Granada con general asombro. Entre los caudillos cristianos descollaban D. Diego de Córdoba y D. Alonso de Aguilar, ya los hemos nombrado por su arrojo heróico en todas las empresas contra los moros. Pero si este odio común á la raza musulímica juntaba en uno á los dos caballeros, dividíanlos mortalmente los odios sen-

tidos mutuamente por uno contra otro á causa de sus respectivos compromisos en las guerras civiles de Castilla. Subió á tales extremos su pasión, que el D. Diego mandó á el D. Alonso uno de sus farautes con reto, henchido de denuestos, para llamarle á singular desafío. Y no alcanzado liza franca y segura en los dominios del rey de Castilla, buscóla nada menos que en los dominios del rey de Granada. Muley Hacem picado de caballero y escrupuloso en leyes de honor, señaló albergue á los combatientes en su ciudad, y campo cerrado donde pudieran partirse el sol y lavar con sangre sus mutuas inolvidables afrentas. Personóse Don Diego en Granada, la víspera del día señalado, que era, sino miente mi memoria, el 9 de Agosto. Llegada la fecha, el rey se arrellanó en su mirador, las damas en sus ajimeces, el curioso pueblo en las avenidas, los magistrados del campo en la tribuna, y el caballero en la plaza, armado de punta en blanco. Y tres veces mandó á su faraute que llamara á D. Alonso de Aguilar y tres veces el silencio respondió al llamamiento. Y cogiendo entonces un retrato del ausente, lo ató con ignominia á la cola de su caballo y lo arrastró con desprecio por todo el recinto de Bibarrambla. Un abencerraje, amigo de D. Alonso de Aguilar, que presenciara las afrentas del caballero cristiano y la rechiffa del pueblo granadino, tomó su caballo, requirió sus armas, y lanzándose á la arena, conjuró á Córdoba, para que, la adarga al pecho, la

lanza en ristre, la visera calada, y las espuelas en los hijares de su trotón, le aguardase, porque iba resuelto á mantener por Aguilar el campo. Decidido estaba el caballero cristiano, y airado el caballero abencerraje, cuando, á una señal del rey, lanzáronse los alguaciles á cortar el paso á este, y á entregarle nada menos que al verdugo, por haber roto las leyes de la caballería y hollado los fueros del honor. Intercedió Córdoba para que no le castigaran tan cruelmente, y obtenido el perdón, requirió una sentencia. Y se declaró que el caballero D. Diego de Córdoba se había portado como tal, y vencido á D. Alonso de Aguilar en abierto juicio de Dios. Copió el favorecido mil ejemplares de la sentencia, y los repartió en todos los dominios de la noble Castilla, trazando además muchos cuadros en representación de tamaña aventura. Y luego pidió una copia. Diéronla los jueces del campo, certificada por escribano. Y Córdoba la trasladó al pié del retrato de Aguilar, añadiendo estas frases: «Tal es mi enemigo.»

En tiempo de tales escenas fácil cosa á una ricahembra castellana idear en ciudad infiel un torneo cristiano; facilísima cosa á un Sultán granadino cumplir inmediatamente el capricho de su Sultana. La reina, en el suelo de la caballería nacida, gustaba por extremo de estos espectáculos caballerescos á la cristiana usanza. Así designó varias damas, para que armasen á los fingidos cristianos del torneo. Mucho, muchísimo murmuraron las moras, y

sus familias, de estos proyectos, atribuyendo, por exceso de suspicacia indudablemente, á tales artificios el carácter de más vastos planes fraguados para cristianizar toda Granada. Pero los vasallos de Hacem no tienen más medio que optar entre la obediencia pasiva y la rebelión armada. Así aceptaron, aunque á despecho, sus papeles, y convinieron á una con los contrariados caballeros moros en obedecer todas las disposiciones impuestas por la mente de la voluntariosa sultana. Lo mismo hicieron los villanos elegidos para escuderos, aunque en su clase tenían más intensidad las pasiones, y por lo mismo, menos lugar los acomodamientos. Granada entera refunfuñaba de estas novedades al ver en ellas derogación injustificada de antiguos usos y tentativas peligrosas de mutaciones cristianas. Pero ningún obstáculo podía arredrar á una mujer caprichosa, ignorante de las preferencias de aquel pueblo suspicaz, y olvidada de las terribles rebeliones con que manchara el pie mismo de su lecho nupcial y los comienzos de su proceloso reinado. La corte de Granada tuvo tribunales femeniles de amor como pudiera haberlos tenido cualquiera antigua corte de Provenza. Todo estaba preparado, pues, para la teatral fiesta. Habíanse dado á los contendientes lanzas embotadas y llenas de signos castellanos y católicos. Los reyes de armas, con sus gorras ceñidas de varios plumajes, y sus dalmáticas recamadas de escudos feudales, acompañaban á sus señores; y los heraldos les precedían;

y les seguían los escuderos y pajes vestidos á la española usanza. Tablados varios se improvisaban cubiertos todos de magníficos brocados tejidos en las ciudades españolas. Al son de cuernos de caza y al grito de pregoneros innumerables se anunciaron las solemnes peleas en palenque cerrado. Zoraya ó Isabel, apareció rodeada de sus damas, las cuales llevaban todas en las manos los respectivos premios del combate, consistentes en joyas de inestimable valor, tanto por su rica materia como por sus primorosos y cincelados realces. Los jueces del campo se instalaron al pie de las damas, presididos todos por el Sultán, que hizo dar tan grande honor á la decantada ceremonia. En estrados aparte tocaban músicos escogidos. Cuando sonó la señal del comienzo vieron todos con asombro aparecer damas gallardísimas soportando en sus delicadas manos cadenas de oro, á las cuales iban ceñidos y atados los bravos caballeros. Y cuando ya los habían soltado en la arena con ademanes de cariñosa despedida, dábanles cualquier prenda de sus vestiduras, cualquiera de sus adornos, un lazo, un joyel, un collar, un zarcillo, un relicario, que ellos se colgaban al pecho con extremos ademanes de gratitud y profundos estremecimientos de amor. Así, las músicas suenan, los heraldos claman, las muchedumbres gritan, las nobles señoras ondean sus respectivas divisas, los caballeros montan sus corceles vestidos de acero, se buscan con arreglo á las leyes de la caballería y pelean con arreglo al códi-

go del torneo, luciendo sus brillantes armaduras, sus capacetes de oro, sus plumajes de mil matices y flameando sus largas tizonas en combate porfiado, donde no sabe el ánimo qué admirar más, si el valor y destreza de los combatientes, ó los animados grupos que forman en los encuentros y en las complicaciones de sus brillantes y atrevidos juegos.

Las jentes del pueblo no pueden sufrir aquel desacato á sus costumbres. Las cruces, que han visto aparecer en la vega con tanto horror, como los siniestros cometas en el cielo, campean por los espacios de Bibarrambla. Los cruzados, que han herido sus cuerpos, que han talado sus ruzafas, que han puesto mil profanaciones en sus mezquitas, aparecen, siquier sean disfrazados, en el recinto sacratísimo de la ciudad santa. Parecen á sus ojos, los mismos que han combatido en la Higuera, y los mismos que han asaltado la riscosa Archidona y han vencido á la invencible Alhama. Aquellos cascos maldecidos, aquellos caparazones odiados, aquellas insignias siniestras, las adargas de infeliz memoria, las espadas tintas en sangre mora, las divisas cuyas ondulaciones han señalado el camino devastado de las devastadoras correrías, brillan, merced á la voluntad caprichosa de una vil nazarena, que acaso cree adormecer con sus hechizos el reino granadino lo mismo que ha hechizado y adormecido á su rey. Todos estos pensamientos corrian por la acalorada imaginación del pueblo y centelleaban en sus ojos, cuando apareció en

medio de la plaza una inesperada figura que parece personificarlos. Es un caudillo moro, á caballo en un corcel blanco, seguido de varios jinetes, y que grita:

—A mi lado, granadinos, á mi lado, contra esta farsa cristiana y contra esta cristiana reina, precursoras de la pérdida de los musulimes y de la entrega de Granada.

—¡Boabdil! ¡Boabdil!—gritan los granadinos, Boabdil que ha roto las puertas de su prisión y ha venido á socorrernos y á procurarnos nuestra venganza.

Y un grito de «abajo Muley-Hacem, muera Zoraya,» siguió á la aparición del jinete moro, acompañado de tal empuje, que sublevada hasta la guardia de los sultanes, tuvieron marido y mujer que montarse precipitadamente en un solo corcel, procurado por un último amigo, y echar á correr en rápida fuga hacia el castillo de Sobreña, en cuyos riscos dejaron caer la corona.